Lección 3
17 de Octubre de 2009

Adoración y consagración

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Cada uno dé como propuso en su corazón; no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre"* (2 Corintios 9:7).

Introducción

¿Qué significa el versículo central? De manera directa, hace alusión a las ofrendas, donaciones. Pero en él se encuentra un principio más abarcante, y ese es el que nos interesa en el contexto de este estudio.

Notemos, Dios está diciendo que no debemos dar más de lo que nos sea gravoso, o nos entristezca, es decir, que esté por encima de nuestra capacidad de fe. Él desea que todo lo que le entreguemos a Él sea dado con alegría, no con pesar. Por lo tanto, en términos de ofrendas, más vale que sea poca si se da más con pesar. Que ese poco sea con alegría, y que la experiencia de fe con Dios vaya creciendo.

Dios es coherente. Si damos con tristeza, no tendremos experiencia de fe. Por lo tanto, en esas condiciones, jamás creceremos en la confianza en Dios. Así, es mejor dar poco, pero con alegría, y crecer en la fe, que dar mucho y no avanzar, y más adelante, perder toda la fe.

¿Qué principio encontramos en esos pasajes? El principio del crecimiento. Nadie puede invertir más de lo que posee. Si mi fe, o la tuya, todavía es pequeña, Dios está pidiendo que nos limitemos a proceder conforme el tamaño de esa fe, pero a la vez, permaneciendo con Dios, viviendo con Dios, haciendo todo con Él y sintiéndonos bien con Él. Entonces nuestra fe aumentará, y tendremos una experiencia placentera con Dios, aprendiendo de Él muchas cosas, y sintiéndonos cada vez más seguros con Él.

La consagración del altar

En el día que el tabernáculo estuvo listo, Moisés lo ungió y lo consagró. Ungir consiste en colocar un poco de aceite especial sobre la persona o el utensilio que se desea ungir. Los enseres del tabernáculo fueron ungidos con un aceite especial cuya fórmula Dios mismo había dado. Esa fórmula consistía en 5.7 kg de mirra fluida más 2.85 kg de cálamo aromático más 5.7 kg de casia y 6.2 litros de aceite de oliva. De todo esto un perfumista debía hacer el óleo sagrado de la unción, para ungir todas las cosas del santuario. Esta fórmula la encontramos en Éxodo 30:23-25.

¿En qué consistía la consagración del santuario? La consagración es un acto por el cual algo es dedicado a Dios. Puede ser también una persona. Los pastores, por ejemplo, son consagrados a Dios, así como los ancianos y los diáconos. Aún cuando una persona deje de ser pastor, por jubilación o por otro motivo; aún cuando deje de ser anciano o diácono, continúa estando consagrada a Dios. La consagración no puede ser revertida, o dejada sin efecto. Hace algunas décadas yo fui dedicado como anciano. En estos momentos ya no estoy ejerciendo el ancianato, pues debido a mis conferencias sobre las profecías, especialmente relacionadas con el decreto dominical, viajo con frecuencia, y eso dificulta el ejercicio de tal cargo en mi iglesia local conforme nuestro manual de iglesia lo requiere. Pero en nuestro hogar, de vez en cuando tenemos una meditación en conjunto sobre esa antigua consagración. Debido a ella, me toca a mí tener un especial cuidado con respecto a mi testimonio, en cuanto a la vida que llevo, ya sea en casa, en el trabajo, en todo lugar, tanto en público como en privado. Y así también le corresponde a mi esposa hija y (futuro) yerno, que vivan en coherencia con ese testimonio requiere. Si alguna vez estuve de acuerdo en ser consagrado, debo asumirlo y eso es lo que estoy haciendo. Y para ese fin estoy recibiendo un gran apoyo de mi esposa, una persona muy humilde y sencilla, así como de mi hija y yerno. Estamos muy unidos en cuanto al significado de aquella consagración. Otras personas que nos observan necesitan ver que somos coherentes con ese acto una vez aceptado y concedido, en la presencia de Dios.

Los hijos de Israel debían ser muy celosos con las cosas del santuario. Por eso todos los objetos fueron consagrados a Dios. Este ritual duró siete días, una semana entera. Eso nos da a entender cuán solemne era la consagración, pues no era un acto de una o dos horas, sino que duró todo el tiempo que a Dios le llevó crear todas las cosas de esta tierra, el tiempo que simboliza la perfección.

Luego la solemnidad continuó durante doce días más. En esos días, cada príncipe representante de cada tribu de Israel trajo una ofrenda para el santuario. Notemos lo que cada uno de ellos trajo. Los doce, en conjunto, dieron seis carros cubiertos, para el transporte de las variadas cosas del tabernáculo. Y cada uno dio un buey para los carros, doce bueyes en total.

Entonces, cada día de esos doce, vino un príncipe con su regalo específico. El presente siempre era el mismo, determinado por Dios. Estaba compuesto de una bandeja de plata que pesaba 1.5 kg; un recipiente de plata que pesaba 0.8 kg, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite; más un recipiente de oro que pesaba 0.115 kg lleno de incienso; a lo que se añadía un novillo, un carnero, un cordero de un año, para holocaustos; un macho cabrío para ofrenda por el pecado; dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año, para ofrenda de paz. Esa fue la ofrenda de cada uno de los doce príncipes de las tribus de Israel. Por lo que, durante esos doce días, se ofrendaron 396 animales.

Hemos escuchado decir que Dios les exigía demasiado a los israelitas. Esos animales, la mayoría de ellos, se consumieron durante esos doce días. Desde aquella conmemoración en adelante, todos los días se sacrificaban dos animales, como sacrificio continuo. Y para cada pecado, otro animal era sacrificado para el perdón de aquél pecado. Se mataban muchos animales.

¿Será que Dios no estaba empobreciendo al pueblo? ¿No los estaría explotando?

Notemos, si ellos hubieran hecho todos esos sacrificios, que exigían miles de animales por año, por su propia iniciativa a dioses paganos, ciertamente hubieran ido a la quiebra. No hubieran alcanzado los animales. Pero como esos sacrificios eran para Dios, jamás faltaron animales, ni ellos empobrecieron; por el contrario, vivieron en el desierto durante cuarenta años, siempre tuvieron alimento de primera calidad, y los animales se procreaban en abundancia. Nunca les faltó nada.

Por un lado, Dios exigía; por el otro, Dios les bendecía para que nada les faltase. Eso es lo contrario de lo que frecuentemente sucede en el mundo de hoy: se da con una mano, pero se quita con la otra. No fue así con los israelitas, pues ellos prosperaron, Dios les daba mucho más de lo que exigía de ellos. Notemos qué cosa interesante. El exigía mucho, pero les daba mucho más, pues al fin de cuentas, siempre tenían más animales para dar a Dios y para provecho de ellos. Eso es algo que debemos aprender del sistema de sacrificios, además de las cuestiones relacionadas con el pecado, el perdón y la purificación. Ellos se encontraban en una travesía imposible para los hombres, cumpliendo con un sistema de sacrificios imposible para los hombres y, sin embargo, lo hicieron con éxito.

Comunión con Dios

Recordemos algunos puntos a los que hicimos alusión algún tiempo atrás. El tabernáculo quedaba bien en el medio del pueblo de Israel. Esto quería decir que la morada de Dios estaba en medio de su pueblo, resaltando su importancia y la presencia. Dios estaba efectivamente entre su pueblo.

En el tabernáculo había tres secciones: el atrio externo y dos compartimientos internos, el lugar Santo y el Santísimo. Dios hizo morada entre el pueblo de Israel en el Lugar Santísimo. Allí había un arca, el símbolo de su trono en el Santuario Celestial. Sobre ese trono fueron esculpidos dos ángeles y, entre ellos, había una luz sobrenatural, o mejor aún, era la gloria de la presencia de Dios. A esa luz se la llamaba *shekiná*, que era el propio Dios presente en persona en medio del pueblo, en el Lugar Santísimo. Dios estaba equidistante de todo el pueblo, al alcance de todos. La tapa del arca, encima de la cual estaban los dos ángeles y la *shekiná* (Dios) y debajo de la cual estaban las tablas de la Ley, se llamaba propiciatorio. Propiciatorio hace mención al lugar donde Dios es propicio, donde Él recibe los pedidos de perdón, ante el cual el sacerdote hacía intercesión, y Dios la acepta. Allí era el lugar donde Dios perdonaba a su pueblo, y también el lugar donde se acumulaban, simbólicamente, los pecados ya perdonados para que en el Día de la Expiación fueran purificados por el sacrificio de Cristo, que en ritual del santuario figurativamente ocurría anualmente, pero que en realidad se dio en la muerte de Jesús en la cruz. La expiación significa la mayor penalidad, o los pecados de todos puestos sobre Jesús quien, muriendo por ellos, purificó al pueblo de los pecados que ya habían sido perdonados, pero que aún no habían sido pagados para ser borrados.

Recordemos que alrededor del tabernáculo vivían los levitas, que fueron escogidos por Dios para ser sus servidores más cercanos. Ellos estaban, por lo tanto, más cercanos a Dios, y debían servir, no como intermediarios, sino como instructores del pueblo acerca de la voluntad divina.

¿Y dónde se encontraba esa voluntad? En realidad, estaba en dos lugares: dentro del trono, escrita en dos tablas de piedra, y en la mente de Dios. Y esto es así porque aque-

llas tablas son en realidad la copia del carácter de Dios, el principio de su voluntad, que consiste en el amor.

En aquél lugar Dios hablaba con Moisés, cara a cara, aunque Moisés no lo pudiese ver. Moisés hablaba y Dios oía; Dios hablaba y Moisés escuchaba.

Hoy Dios ya no habita en un lugar específico en esta tierra. Desde la caída del Jerusalén, cuando los babilonios destruyeron el Templo, algunos celosos judíos escondieron el arca, y nunca más fue hallada. Pero ella deberá reaparecer en nuestros días, probablemente será utilizada por Dios para mostrarle la Ley a todo el mundo en el momento en el que el mundo intente acabar con el pueblo de Dios a través del edicto de muerte, entre la sexta y la séptima plagas. Notemos lo que dice Elena G. de White con respecto a esto: “El precioso registro de la ley fue colocado en el arca del testamento y está todavía allí, oculto y a salvo de la familia humana. Pero en el tiempo señalado por Dios, Él sacará esas tablas de piedra para que sean un testimonio ante todo el mundo contra la desobediencia de sus mandamientos y contra el culto idolátrico de un día de reposo falsificado”. [1]

Extraigamos de esto una lección para nosotros. Así como los Diez Mandamientos son el carácter de Dios, y explican el amor en acción, tal Dios también estaba en medio del pueblo en el lugar más sagrado; así también la Ley de Dios deben estar en nosotros en el lugar más noble: nuestra mente. Esto significa que deberá ser obedecida como un principio de vida para todas las cosas que hagamos. Por medio de estos mandamientos podemos entender lo que Dios tiene para decirnos cuando oramos. Dios nos responde las oraciones que le hacemos a Él. Y estas oraciones no pueden ser apenas unas pocas palabras como si le estuviéramos dando un recado a Dios, o como el mensaje de autorespuesta de nuestro celular. No puede ser así, tenemos que cumplir con la reforma en la saluda para tener la mente más saludable, no embotada, para entender, a nivel de nuestros pensamientos, lo que Dios nos está diciendo. El puede responder a través de nuestros pensamientos, así como por la lectura bíblica, una meditación en forma de sermón, a través de los himnos o por intermedio de otras personas, pero siempre nos responde, aunque –lamentablemente– no siempre lo escuchamos.

Luz en el santuario

Cuando todo estuvo listo, el santuario fuera dedicado (listo para funcionar), Moisés encendió el fuego en el candelabro (candelero o *menoráh*), el cual poseía siete lámparas unidas en una sola pieza. Este fuego y su luz debían permanecer encendidas continuamente, para siempre.

Zacarías tuvo una visión en la que él vio el candelabro con las siete lámparas encendidas, pero él no entendió su significado. Entonces un ángel se lo explicó, diciendo: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu” (Zacarías 4:6). Esto significa que ese fuego y su luz representaban el Espíritu Santo brillando entre el pueblo de Dios, dándole el entendimiento necesario acerca de la verdad y la voluntad divinas. Los dos olivas son los dos testigos (comparar con Apocalipsis 11:3) que profetizaron vestidos de cilicio durante los 1.260 años de persecución papal, o sea el Antiguo y el Nuevo Testamentos que fueron perseguidos y casi eliminados durante ese tiempo, al final del cual –durante

---

[1] Elena G. de White; *Manuscrito 122*, 1901; citado en “Comentarios de Elena G. de White”, *Comentario Bíblico Adventista*, tomo 1, p. 1123.

la Revolución Francesa– fueron expuestos por tres años y medio en una plaza pública, en la ciudad de París, quemados y desacreditados (Apocalipsis 11:7-10). Pero inmediatamente después, fueron llamados a subir hasta el cielo y recibieron de Dios de nuevo su valor (Apocalipsis 11:11, 12), y así surgieron las Sociedades Bíblicas haciendo que, ante la mirada del enemigo, se restablecieron y la Biblia se convirtiera en el libro más impreso y vendido en todo el mundo. Aquellos que desearon el fin de la Biblia hasta hoy necesitan contemplar su victoria. Por medio de ella, el Espíritu Santo enseña y da entendimiento a todo ser humano que desea ser salvo para vida eterna. Notemos que cuando Zacarías tuvo esta visión, sólo existía el Antiguo Testamento, pero cuando la visión se cumplió, a partir del año 538 d.C., el Nuevo Testamento ya había sido escrito y el sistema papal ya estaba establecido en lugar del Imperio Romano.

El candelabro y su luz representan al Espíritu Santo habitando entre el pueblo, otorgando entendimiento por medio de los dos testigos, la Palabra de Dios, para que todos conozcan la Ley de Dios, que es su voluntad. Es decir, que la voluntad de Dios es que todos lo amen y se amen entre sí y que sean felices. Esa es la voluntad de Dios, algo tan simple, pero que la humanidad influenciada por Satanás no logra poner en práctica. Rechazando al Espíritu Santo, el mundo no logra vivir la sencillez del principio del amor, el cual se va enfriando, y los hombres pasan los días peleando, guerreando, matándose, drogándose. No lo logra porque rechaza las enseñanzas del Espíritu Santo, por lo que no entiende la simplicidad de la vida sencilla, en paz y con la esperanza basada en las promesas firmes.

En el templo de Israel Dios estaba en todos los lugares, en el Lugar Santísimo por la luz que provenía directamente de Dios sobre el propiciatorio; en el lugar Santo, por las siete lámparas del candelero; y en el atrio, por el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

La consagración de los levitas – Parte 1

Los levitas fueron separados por Dios para las importantes actividades del santuario y que –por ello– eran actividades relacionadas con la adoración al Creador. Para ello, Dios determinó que fueran consagrados, esto es, dedicados de manera solemne a dichas actividades.

De esto extraemos la primera lección. En determinadas actividades de la iglesia hay personas que deben ser consagradas para realizarlas. Hay ciertas ceremonias que deben ser llevadas a cabo para que un pastor sea consagrado y ordenado para esa tarea. Un anciano es consagrado, y los diáconos también. Para todas las actividades de la iglesia la persona debe (o al menos debería) ser de buen testimonio, y seguir los mismos criterios que se exigen de las personas que son consagradas. Dios requiere santidad para realizar su obra. Y esto es importante, los pecadores puede allegarse a Él en la condición que estén, pero aquellos que trabajan para Dios no puede estar de la misma manera en cómo salieron del mundo. Estas personas, por voluntad propia y por la obra del Espíritu Santo, deben ser ejemplos de vida. Las que no lo fueren, están presentando fuego extraño delante de Dios. No obstante, estas personas tienen tiempo de arrepentirse de estar en tal situación, pero si no lo hacen, no tendrán recompensa en la vida eterna.

Sobre este tema Elena G. de White profetiza algo preocupante, pero que conforma la realidad de esta guerra espiritual: “Al acercarse el fin de la historia de esta tierra, Sa-

tanás obrará con todo su poder de la misma manera y con las mismas tentaciones con que tentó al antiguo Israel cuando estaba por entrar en la tierra prometida. Tenderá lazos para los que aseveran guardar los mandamientos de dios, y que están casi en los límites de la Canaán celestial. Empleará hasta lo sumo sus poderes para entrampar almas y hacer caer en lo que respecta a sus puntos más débiles a los que profesan ser hijos de Dios. Satanás ha resuelto destruir por sus tentaciones y contaminar por la licencia las almas de quienes no hayan sujetado las pasiones inferiores a las facultades superiores de su ser, a los que dejaron corres sus pensamientos por el canal de la satisfacción carnal de las pasiones más bajas. No apunta especialmente a los blancos menos importantes, sino que se vale de sus engaños mediante personas a quienes puede alistar como agentes suyos para inducir a los hombres a permitirse libertades que la ley de dios condena. Sabiendo que quien transgrede en un punto es culpado de todos, y ´´el, Satanás, domina así todo el ser, ataca a quienes ocupan puestos de responsabilidad, a los que enseñan lo exigido por la ley de Dios, a aquellos de cuya boca rebosan los argumentos para vindicar dicha ley, y dirigiendo contra ellos sus poderes infernales, pone a sus agentes a trabajar, para hacer caer a esos hombres en los puntos débiles de su carácter. La ruina abarca la mente, el alma y el cuerpo. Si se trata de quien fue mensajero de la justicia, poseedor de mucha luz, o si el Señor lo usó como obrero especial en la causa del a verdad, entonces ¡cuán grande es el triunfo de Satanás! ¡Cómo se regocija él! ¡Cuánto deshonor para Dios!”. [2]

No podemos olvidar que estamos en guerra, y que entre el pueblo de Dios habrá bajas y pérdidas, en aquellos que rechazan parte de la luz.

Para la consagración de los levitas, Dios mismo estableció el ritual correspondiente. Eso era algo muy importante, estaba referido al culto de adoración al Creador. En ese ritual, los levitas fueron considerados en pie de igualdad a las ofrendas mecidas a Dios. ¿Y qué eran estas ofrendas mecidas? Eran “aquellas porciones de los sacrificios que eran movidas en dirección del altar en vez de ser quemadas, y que después eran comidas por los sacerdotes y el oferente. Esta ofrenda era agitada por el oferente, de derecha a izquierda, y de arriba hacia abajo (Éxodo 29:24, 26; Levítico 7:30, 34; Números 18:11, 18”. [3] Por lo tanto, los levitas fueron considerados como tales ofrendas, realmente dedicados al Señor. Dios escogió a Moisés y Aarón, a uno como profeta, al otro como sacerdote. Estos consagraron a los hijos de Aarón como sacerdotes, y consagraron a los levitas como siervos de Dios para las actividades en el santuario. Entre estas actividades, las más importantes estaban relacionadas con la adoración y la alabanza a Dios, pero también incluían los cuidados del tabernáculo, su transporte, su mantenimiento y limpieza, la colaboración en los cultos, la preparación de los animales para el sacrificio, la custodia del tabernáculo, la copia y la interpretación de la ley, y otras cosas más. Sus actividades estaban subordinadas a las de los sacerdotes, de los cuales eran asistentes y servidores. Los levitas, así como los sacerdotes (que también eran levitas, pero descendientes específicamente de Aarón) vivían de los diezmos aportados por las demás tribus. Así vemos a once tribus sosteniendo a uno, lo que da una proporción exacta, pues los levitas representaban casi el diez por ciento de las tribus. Una parte de ese diezmo debía dirigirse al sostenimiento del propio tabernáculo, más adelante, el Templo.

¿Qué más podemos aprender de este tema? Que Dios es perfectamente organizado, y absolutamente celoso con respecto al culto y la adoración. Por lo tanto, no improvisó pa-

---

[2] Elena G. de White; *Review and Herald*, 17 de mayo, 1887; citado en *El hogar cristiano*, p. 296.
[3] www.bibliaonline.net/?lang=BR

ra que cualquier sirviera en el culto y la adoración, aunque Él lo acepta de parte de aquél que no sepa cómo debe ser el culto y la adoración a Él. Dios es detallado en aquello que desea, y es metódico. Esto significa que el culto debe ser un acto inteligente basado en principios inteligentes, que se originan en Dios, no en aquello que nosotros consideremos que es correcto.

El culto a Dios no tiene nada que ver con nuestras culturas en la tierra, es definido por Dios, quien tiene su Trono en el Cielo. Dios acepta un culto que no condiga con su voluntad, pero si es ofrecido por personas que aún no conocen esa voluntad. Sin embargo, para aquellos que ya tienen esa luz, que ya conocen cuál es la voluntad de Dios, Él no acepta fuego extraño de ellos.

Este estudio es muy solemne. Debemos reflexionar si estamos de verdad adorando a Dios tal como Él desea ser adorado, o si por descuido o relajamiento estamos viviendo como en el tiempo de los jueces donde "cada uno hacía lo que le parecía bien" (Jueces 21:25). No mucho tiempo después de haber conquistado Canaán, el pueblo pasó hacer lo que cada uno, según su propia voluntad, pensaba que era lo correcto, ya no la voluntad de Dios. Así, la nación se debilitó. Velemos para que nosotros, a las puertas de la vida eterna, influidos por el secularismo, no estemos en la misma situación, pues Dios es celoso con respecto a cómo ser adorado.

La consagración de los levitas – Parte 2

"Porque los levitas me son dados del todo de entre los israelitas, en lugar de los primogénitos. Los he tomado para mí en lugar de los primogénitos de Israel" (Números 8:16).

Los levitas fueron escogidos por Dios para aquellos servicios que ya han sido considerados. Todo lo que ellos debían hacer estaba vinculado a un único objetivo; ayudar a los hijos de Israel en la salvación de sus vidas. Por lo tanto, tal como lo dice Levítico 8:19, ellos debían hacer expiación por el pueblo, para que éste permanezca libre de plagas y estar protegidos de la ira divina al acercarse al santuario.

¿Qué significa todo esto? En primer lugar, ¿qué es expiación? Es el conjunto de acciones que resultan en la reconciliación del pecador con Dios. El núcleo de la expiación está en la muerte de Jesús en la cruz, pues sin esa muerte vencedora, todo lo demás sería inútil. La muerte de Jesús, aunque es suficiente, no era sin embargo la única cosa a llevarse a cabo para la expiación de los pecados, esto es, para la remisión (el acto misericordioso por el que uno paga lo malo que otro ha hecho) de los pecados, para su perdón (inocencia). Tenemos que entender que la expiación requiere, además de la muerte expiatoria de Jesús, las enseñanzas del significado de esa muerte (lo que los levitas debían hacer con todo el pueblo), sentir la necesidad del perdón (responsabilidad del pecador luego de aprender acerca del pecado), la intercesión (o intermediación, solicitud de perdón) delante de Dios (esa era la función de los sacerdotes en el Lugar Santo, y en el Cielo, de Jesús también en el Lugar Santo), la concesión del perdón al pecador (esto es algo que sólo Jesús puede hacer), y la purificación del santuario (que consiste en borrar el registro de los pecados en los libros del Santuario Celestial, lo que Jesús está haciendo ahora en el Lugar Santísimo, desde 1844 hasta nuestros días, hasta el fin del tiempo de gracia, y que era simbolizado en el santuario por la limpieza de los pecados registrados, pero ya perdonados; tal cosa era función del sumo sacerdote en el terrenal, una vez al año, en el Lugar Santísimo).

Así, los levitas cumplían con su función en la expiación, de la misma manera como también nosotros. Los levitas participaban de la expiación por el pueblo, pero ellos mismos carecían de alguien que hiciera expiación por ellos, algo que los sacerdotes hacían. Estos, a su vez, carecían, como todos, de la expiación que Jesús hace. Así también nosotros llevamos el evangelio de salvación al mundo, y aún así necesitamos, además de la muerte de Jesús, que alguien nos enseñe y nos ilumine la senda, pues tal como aquellos a los que les llevamos el evangelio, somos pecadores. Todos aquí en la tierra necesitamos del acto expiatorio de Cristo, y todos debemos participar de él, unos por los otros, mutuamente fortaleciéndonos por la reconciliación con Dios. Eso era algo que los levitas hacían, pues sin la reconciliación, sobre cada persona pesaba el doble la necesidad de ser eliminada de la vida eterna, lo que Biblia denomina "ira divina".

Aplicación del estudio

Un antiguo rito, cuyo origen tal vez no sea tan conocido, el de la imposición de las manos, ya era practicado entre los patriarcas, al menos por Jacob. En este caso, sabemos que Jacob impuso sus manos sobre los dos hijos de José (Génesis 48:14). Dios mismo le ordenó a Moisés que impusiera las manos sobre Josué (Números 27:18). Jesús también impuso las manos sobre los niños que le fueron traídos por sus madres (Mateo 19:13), así como los apóstoles hicieron sobre Bernabé y Saulo.

En la actualidad, es costumbre en la Iglesia Adventista la imposición de manos para consagración de pastores, ancianos y diáconos. Esto significa la dedicación a Dios de estas personas, tal como lo fue en el caso de los levitas y los sacerdotes. Es un acto que no puede ser revocado, es vitalicio, aunque –tal como acontece frecuentemente– hay personas que dejan mucho que desear con respecto a ello o no se dan cuenta de la responsabilidad que este acto significa en sus vidas.

"El mundo se convencerá por lo que la iglesia viva, y no por lo que se enseñe desde el púlpito. Desde el púlpito el ministro anuncia la teoría del Evangelio, pero la piedad práctica de la iglesia demuestra su poder". [4]

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

[4] Elena G. de White; *Testimonios para la iglesia*, tomo 7, p. 19.